

deza y cierta novedad el capítulo 5.º de los que se dedican a la Edad Media y cuyo tema concreto es el del poeta y el público en los cantares de gesta. Finalizando este capítulo hallamos otra vez la arbitrariedad en la aplicación de algunas categorías, por ejemplo que se dé por bueno que existe una literatura caballeresca romántica. La generalización de la categoría "romántico", hasta el punto de convertirla en una perspectiva de valor general para la historia de la literatura de occidente, nos parece exagerada.

Omitimos un análisis más pormenorizado de las distintas partes del libro para considerar los puntos de vista políticos y sociales que justifican, sólo en parte, el título de "Historia Social del Arte y la Literatura". Tales puntos de vista se encuentran en mayor abundancia en el volumen segundo, que comprende el Rococó, el Clasicismo y el Romanticismo. Sin duda encontrarse con conceptos valorativos acuñados con mayor seguridad y disponer de un aparato crítico más asequible, en términos generales, para esta segunda parte, ha llevado al autor a acentuar la valoración social y política. Los capítulos que dedica al naturalismo y al impresionismo entran de lleno en un estudio sociológico de la literatura: Balzac en cuanto sociólogo, la función del capitalismo, la rebelión del proletariado, la introspección como resultante de

la mentalidad burguesa son, entre otros, los epígrafes que componen parte de los capítulos que se dedican al período que media desde lo que el autor llama la generación de 1830 hasta la madurez del naturalismo con Zola.

Sobre la novela social en Inglaterra y Rusia, ha hecho un estudio estimable, aunque convencional. Uno de los temas más ricos en posibilidades, el de Dostojewski, se resuelve en unas páginas en las que se aplica la terminología divulgada por la filosofía existencialista. Precisamente considerando la literatura rusa se echa de menos una explicación suficiente de la situación social y política del país.

Hay algunos aciertos concretos, tales como la asociación de la filosofía de Bergson y la Literatura de Proust, que merecen señalarse.

En términos generales el libro es valioso por su información y como obra de síntesis, sin que ofrezca un interés especial en cuanto a puntos de vista nuevos o en cuanto al descubrimiento y esclarecimiento de matices en las relaciones de la expresión artística en general y la situación social en particular.

E. T. G.

ACTUALIDAD DE ALEXIS DE TOCQUEVILLE.—Es innegable que los escritos de Alexis de Tocqueville están adquiriendo, cada vez más, perfil de actualidad.

En estos últimos años, la bibliografía en torno a esta figura se ha incrementado con diversos estudios como los de J. P. Mayer (1) y de Niklas Barth (2), amén del ensayo de Ferruccio Pergolesi, que inserta en su título la dimensión actual del pensamiento del aristócrata francés (3).

Unase a esto la publicación de sus obras completas, dirigidas por el citado J. P. Mayer, acompañadas de las introducciones de Harold J. Laski (4) y Georges Lefebvre (5).

Sin embargo, no estriba el renovado interés acerca del autor de "De la démocratie en Amérique" tan sólo en el simple hecho de que los estudios sobre él hayan aumentado; hay otra razón más profunda que, en definitiva, cuenta: Tocqueville es un pensador esencialmente actual por la manera de plantearse los problemas y el modo de resolverlos.

Dice Sainte-Beuve de Alexis

de Tocqueville: "Il a commencé a penser avant d'avoir rien appris". Esta forma de teorizar sobre hechos aún poco conocidos pudiera hacernos pensar que el ilustre francés es un apriorista, pero nadie hay que esté más lejos de la abstracción y en este sentido la medida de los hechos pocos la han realizado como tan digno sucesor de Montesquieu.

Tocqueville juega con unas cuantas "idées mères" que acompaña a la realidad. Por eso su método es tan cercano al nuestro, a una tipología empírica tan utilizada en la sociología. Porque no hay que olvidar la vertiente sociológica de Tocqueville (6). Fué un espíritu consciente de su incardinación en la sociedad de masas. J. P. Mayer escribe acertadamente: "Comme Goethe et Jacob Burckhardt, Tocqueville appréhendait l'ère des masses, dont il prévoyait l'avènement. Peu de temps avant

(1) J. P. MAYER: *Alexis de Tocqueville* (trad. de Joseph Sorin), Gallimard, París, 1948. La versión original inglesa lleva por título: *Alexis de Tocqueville. A Study in political Science*. Dent London, 1939. Viking Press, New York, 1940. Ha sido traducido al alemán con el título de *Alexis de Tocqueville. Prophet des Massenzellalters*. Deutsche Verlags Anstalt, Stuttgart, 1954 (contiene un *Exkurs über Zeitgeschichtliche Parallelen* donde alude a DONOSO CORTES (págs. 170 y ss.)

(2) Niklas BARTH: *Die Idee der Freiheit und der Demokratie bei Alexis de Tocqueville*. Kelter Verlag, Aarau, 1953.

(3) Ferruccio PERGOLESÍ: *Alexis de Tocqueville e l'attualità della sua storiografía politica*, separata de la "Rivista di studi politici internazionali", Anno XIX. Firenze, 1952.

(4) Harold J. LASSI: *Introduction a De la Démocratie en Amérique*. Gallimard, París, 1951. *Oeuvres Complètes*. Tome I, págs. IX y ss.

(5) Georges LEFEBVRE: *Introduction a L'ancien régime et la révolution*. Gallimard, París, 1952. *Oeuvres Complètes*. Tome II, págs. 9 y ss.

(6) LEFEBVRE, *loc. cit.*, pág. 15.

sa mort, il écrivit a un ami: "Nous appartenons à une famille intellectuelle et morale qui disparaît". A son avis, il n'était pas possible d'échapper au nivellement qu'apporterait cette ère nouvelle" (7). No es menester insistir en la dimensión actual de la sociología y tampoco es difícil demostrar la preocupación sociológica de Alexis de Tocqueville, pues sus dos obras fundamentales están llenas de apreciaciones de esa índole.

Tocqueville vive un periodo de la historia de Francia caracterizado por la inestabilidad (Restauración, revolución orleanista, República, golpe de Estado de Luis Napoleón, crisis de 1848). Estos cambios políticos y sociales (entre los últimos, la creciente democratización occidental) fueron sucesivamente aceptados por nuestro autor a pesar de su inclinación aristocrática, lo cual parecería oportunismo político (8), pero en realidad Tocqueville fué espiritualmente superior a todas estas situaciones y, por encima de todas ellas, percibía la imagen de una Francia, mejor que cada una de sus cristalizaciones políticas, a la que era obligatorio servir.

La postura de Tocqueville, de estupor amargo ante tanto cambio, es afín a nuestra situación psicológica de inseguridad y angustia (9), aunque no incurra en desconsolador pesimismo. Niklas Barth cita este texto revelador: "Ayons donc de l'avenir cette crainte salutaire qui fait veiller et combattre, et non cette sorte de terreur molle et oisive qui abat les cocurs et les étiève" (10).

Sólo metafóricamente —por consiguiente, con inexactitud— se puede decir que Tocqueville fué un profeta o siquiera un clarividente del porvenir, pero con indudable acierto sus consideraciones de sociología política le permitieron señalar los progresos de la "révolution démocratique irresistible" (11) y el conflicto que surgirá al enfrentarse con la libertad. Porque este aristócrata fué ardiente enamorado de la idea de libertad y, sin embargo, no se le puede considerar como un liberal más (12), lo cual le proyecta de su tiempo y le hace más nuestro, más de los que firmemente creen que la verdadera libertad jamás muere.

El también emitió su opinión ante el socialismo (13), cuestión palpitante de la época, y que,

(7) J. P. MAYER, *ob. cit.* pág. 69.

(8) Niklas BARTH, *ob. cit.*, págs. 39-40. Para su postura ante la Restauración, *ibidem*, págs. 28 y 29. Sobre la revolución de 1848, págs. 36-37.

(9) Niklas BARTH, *ob. cit.*, pág. 171.

(10) Citado por BARTH, *ob. cit.*, pág. 33.

(11) BARTH, *ob. cit.*, págs. 49-50.

(12) BARTH, *ob. cit.*, págs. 157-158.

(13) BARTH, *ob. cit.*, págs. 37 y ss.

sin embargo, en la actualidad se ha convertido en puro tópico porque el socialismo se va convirtiendo en bien común de todas las corrientes políticas, sintoma indudable de su decadencia.

Su obra fué justamente celebrada en su tiempo, aunque luego sufrió ligero eclipse, pues no era posible considerarlo exclusivamente como jurista, historiador o político. En realidad, la interesante personalidad que nos ocupa escapa a cualquiera de esas sencillas etiquetas. Tocqueville fué un sociólogo y como tal sus observaciones sobre la democracia norteamericana son todavía aprovechables. Estos datos no pudo jamás obtenerlos del estudio de los libros y documentos, sino del enfrentamiento con la realidad social y de las "idées mères" que, naturalmente, estaban en función de otros datos sociales previos adquiridos en distintos campos de observación.

Admitamos que Tocqueville fué jurista, historiador y político, porque de todo eso hizo en su vida, y en cada uno de tales campos expresó pensamientos aprovechables. Pero como sociólogo apuró y comprendió todas esas actividades al servicio de una idea fundamentalmente nueva que merece ser considerada.

El pensamiento de Tocqueville está ahí, pero con la particularidad de que cada uno de los

problemas que analiza son los que ahora se le ocurren a quien debiera considerar una sociedad contemporánea como Tocqueville hizo con la americana. Ciertamente, cambiarán los matices, la información, se encontrarán nuevos datos, pero ¿quién es capaz de trazar un cuadro tan expresivo y sugerente como lo hizo Tocqueville?

Fué Tocqueville, noble por espíritu y sangre, quien ofreció un estudio singular sobre el antiguo régimen y la revolución francesa que todavía se admira, como señala Georges Lefebvre (14). También aquí el sociólogo está completando la figura del historiador.

Por último, resta decir algo sobre la actitud religiosa de Alexis de Tocqueville. Los diversos autores refieren su primera formación en el seno de una familia católica y la dirección del abate Lesseur, a quien profesó afecto perdurable. Luego vino un apartamiento, formal al menos, de la religión, para terminar su vida en el seno de la religión católica.

Los problemas religiosos que se planteó, el modo jansenista de resolverlos, los matices escépticos que desembocan luego en solución ortodoxa, son rasgos de hombre atormentado, preocupado, típicos modos del intelectual moderno víctima de la duda, que intenta refugiarse en unos cuantos postulados de

(14) Georges LEFEBVRE, *loc. cit.*

razón hasta que rompiendo con ellos, y rechazando aquélla, se consuela abrazando la solución verdadera.

En resumen, Alexis de Tocqueville, más que un clásico, es un pensador "actual", porque sus reflexiones sobre ciertos aspectos iniciados en su época (masificación, angustia, "révolution démocratique irrésistible"), todavía operantes, están invitando al diálogo.

P. L. V.

ERNST CASSIRER.—*THE QUESTION OF JEAN JACQUES ROUSSEAU.*—Columbia University Press. New York. 1954. Páginas 129.—Un gran nombre y un gran tema. Suficientemente conocido el nombre de Ernst Cassirer, el profesor de Högskola de Göteborg y autor de la monumental obra "Das Erkenntnisproblem in der Philosophie und Wissenschaft der neueren Zeit" se nos ofrece ahora con este trabajo que nosotros utilizamos en su versión inglesa, hecha por Peter Gay.

Este libro demuestra cómo se identifican la realidad de un pensador profundo y una doctrina sugerente. A la luz de este trabajo podemos descubrir facetas nuevas de opiniones que, como las de Rousseau, conmovieron a un mundo que, pudo no entenderlas, pero que, automáticamente, se escindió en dos bandos, el que las seguía y el que las atacaba.

La introducción de Peter Gay,

Assistant Professor de la Universidad de Columbia, comienza citando aquel párrafo de Emilio: "Il faut étudier la société par les hommes et les hommes par la société: ceux qui voudront traiter séparément la politique et la morale, n'entendront jamais rien à aucune des deux" (Pág. 3).

Cassirer —dice Gay— se propone, como previo, el problema de si la filosofía de Rousseau tuvo verdadera coherencia, en su conjunto: "Conflicting claims, pronounced with equal certitude have obscured that integrity of his thought on which he has insisted so often" (Pág. 4), y enumera las varias y encontradas opiniones que han presentado su doctrina como confusa y aquejada de contradicciones internas. No obstante, el mismo Gay dice, frente a la opinión de Cassirer: "Si Cassirer está en lo cierto al pensar que Rousseau no era, de hecho, ni confuso ni inconsistente, nosotros podemos concluir que Rousseau, como Nietzsche después de él, fue semillero de interpretaciones erróneas" (Pág. 13).

Con una exposición de la múltiple obra literaria en torno a J. J. Rousseau, hace Gay la presentación y el análisis del trabajo de Cassirer: "Das problem J. J. Rousseau".

El resto de la introducción se refiere al estudio del ensayo de Cassirer, concluyendo que, para sus lectores, "el problema de la teoría política de Rousseau ad-